

2 Ej. No 25

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE PEDAGOGÍA

" LA FUGA DE EMILIO "

TRABAJO ESCRITO QUE PARA OPTAR AL GRADO DE
LICENCIATURA EN PEDAGOGÍA PRESENTA POLA
MEJIA REISS.



FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS
COLEGIO DE PEDAGOGÍA
COORDINACIÓN

Ciudad Universitaria, enero de 1964.

Uo Bo
[Firma]

Uo Bo
[Firma]



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	pag.
Introducción	1
I.- ¿ Por qué escribe Rousseau?	8
II.- Emilio	39
Conclusión	49
Citas	51
Bibliografía	54

INTRODUCCION

Rousseau, su cuerpo atravesado por un mal urinario, descrito a los sesenta años de edad por Bernardin de Saint-Pierre siendo " delgado, bien proporcionado, de cejas exaltadas y ojos llenos de fuego..., profunda tristeza en las arrugas del ceño y una sensible e incluso sarcástica alegría ", (1) conversaba sobre música con Gluck...

Imaginarlo vivo aunque muriera hace más de docientos años, pensar que mientras tejía su obra, desteñíase de la vida embelleciendo, remendando y tolerando con su padecida escritura lo irremediable. Dos dimensiones de lo irremediable que suelen confundirse. La escritura le otorgaba otra vida mientras vivía y ese es su legado para el lector. Una de esas dimensiones, la muerte real, se olvida sin embargo al leerlo y ella se deja caer con todo su doloroso peso cuando el final de la última página hace presente la contundencia de que todo el tiempo se trataba en realidad de un libro.

¿ Qué hace un libro con su autor? Lo que Rousseau escribiera, fue enarbolado tanto por Marat como por Robespierre. ¿ No es acaso sorprendente reconocer hasta qué grado un libro tiene vida propia?

Pensando en la semejanza entre la vida del autor y la vida del libro, y por tanto en esas dos dimensiones de lo irremediable que tienen que ver con la muerte, se asocia la pregunta por la extrañeza que despiertan los vampiros: ¿viven muertos o muertos viven? Algunos sugieren la emergencia del espectro como consecuencia del terror a ser enterrado vivo en tiempos de la muerte negra o ante las historias de los catatónicos enterrados. Aquello que hace al sustento de la incorrupción del cuerpo en nocturnas visitas, despierta el pánico de los mortales: no sólo beben la sangre, sino que otorgan a aquellos a quienes besan su condición relativamente dividida: la inmortalidad a costa de la vida. Entonces, no son ni vivos, ni muertos. ¿Se immortaliza Rousseau a través de sus libros? ¿Se desprende de él un ser de vida aparte?

Hay algo más en las historias de vampiros. Maupassant hace hablar al perseguido del Horla: "¿Muerto? Quizá. O quizá ese cuerpo suyo, a través del cual podía pasar la luz del día, era hermético a la destrucción que mata nuestros cuerpos." (2) Lo más temido, la destrucción, es sin embargo soporte de la vida. Para un cuerpo que no se corrompe, se inventan prácticas de protección exhumando al cadáver, enterrándole una estaca a mitad

del corazón, e incluso en Malasia se los embotella. (3)
Los mortales vencen al vampiro y conquistan la corrupción del cuerpo. Conquistan aquello sin lo cual la vida no puede inventarse: la muerte. Rousseau, su cuerpo, está muerto. En sus libros se lee su vida. La razón de estar ahí de la vida, es tan caprichosa como el signo. ¿Dónde está el ser que designa el verbo ser? Puedo decir qué es negro designando lo que no es negro, del mismo modo decir, que algo está vivo porque no está muerto. Rousseau sigue hablando. Pero, ¿acaso la cosa es su nombre? La distancia es irremediable. El ser se desmascara siendo sólo en relación a la falta, no respecto a tener, sino justamente a ser: falta en ser.

La falta en ser comienza a comprenderse cuando Freud no duda de que ahí donde duda, hay un pensamiento inconsciente que se hace presente como ausencia. El inconsciente interrumpe a la conciencia; provoca sus tropiezos. Es aquello que la conciencia rehúsa: un síntoma, un olvido, una metáfora que reemplaza los contenidos inconscientes y en cuya conexión se lo verifica como hendidura. Si el inconsciente es aquello que la conciencia no evoca voluntariamente, cuando digo 'yo soy', ¿quién soy?

La razón de la vida se inventa por su marca de falta.

¿Esto es arbitrario? Hay algo que otorga un orden. Un

libro, ¿ por qué está en ese lugar en los librereros?
Si lo leo, quizá no sólo se me revele la razón de ese lugar en los librereros. ¿ Qué escribió Rousseau? ¿ Era libre de escribir lo que fuera? Una incesante obsesión de verdad entreteje todos sus textos aunque se pida no aplicar una misma hermenéutica a una obra que es clasificable - por ejemplo, se propone dividirla en libros de creación literaria, autobiográficos, textos polémicos y escritos teóricos (4) - . Pero, ¿ a qué responde esa insistencia? Mientras estuvo vivo, deseaba. Eso que insiste apoya al desciframiento de la direccionalidad, del sentido que el deseo imprime al destino. El destino del deseo, es el del primer círculo del Infierno, donde están Homero, Horacio, Lucano y Virgilio:"... estamos condenados, consistiendo nuestra pena en vivir con el deseo sin esperanza."(5)

Esa otra dimensión irremediable apresura al decirse del deseo en una estructura de demanda para que no termine de decirse. Su objeto es inaprehensible, como lo negro.

¿Cuál es el objeto del interés humano? Es el objeto del deseo del Otro. Otro que no es el otro, el semejante, sino aquello que designa un lugar que está ahí cuando alguien nace y al que tiene que apegarse

si quiere vivir. Esto es, que Otro no es un personaje. Designa un orden subjetivo que no se reduce a la intersubjetividad y que Lacan denominó orden simbólico. Las palabras no sólo son el medio de la comunicación intersubjetiva como vaivén. Se trata de un orden que, desde esa perspectiva, puede llamarse código; es decir, que se emparenta con un orden de ley.

La búsqueda infinita del objeto del deseo, está marcada por la repetición. La compulsión a la repetición, proceso inconsciente, da cuenta de la característica que nos da acceso a ello: lo reprimido siempre retorna. Aquello que insiste, se disfraza en escenificaciones que hay que descifrar para encontrar qué se repite. Eso guía hacia el deseo que no necesariamente se emparenta con algo placentero para la conciencia; al contrario, encierra algo doloroso. Está impregnado por la tendencia de la pulsión de muerte - aquella que Freud sitúa más allá del principio del placer - que es la compulsión a la repetición, y no encuentra nunca al objeto total adecuado a su satisfacción. El deseo sólo vive porque está insatisfecho.

Si hablar del deseo es hablar del inconsciente, el sujeto deja de ser sinónimo de ego. La segunda tópica de Freud, en la que distingue al yo, al superyó y al

ello, encierra más que a una distinción: es decir que lo constituyente de un sujeto, es la división. No opone un derecho a un revés - como podría creerse que lo negro es de lo blanco - , sino que alude a una falta. Eso es algo doloroso que el título de un libro: "Las Ensoñaciones del Paseante Solitario", recuerda.

El autor del Contrato Social y del Emilio, escribió algo más. ¿Quién era modelo del análisis de la utopía, expresión de la ideología de la burguesía de la Revolución de 1789, enciclopedista, músico, expositor del pensamiento religioso del siglo XVIII, iniciador de la ruptura literaria respecto a antiguas convenciones y portador del mito de la infancia buena?

Rousseau ha muerto, pero no sus libros. No habla como un vivo, pero habla. Porque habla, es un sujeto del deseo. Este es el centro de la preocupación psicoanalítica de Freud y Lacan y la lectura de Juan Jacobo Rousseau que este trabajo propone, encuentra su fundamento en el sujeto del deseo; el sujeto que posee la dimensión del inconsciente.

Como toda introducción que dice lo que viene porque ya fue, la primera parte respondió a una invitación irresistible: Rousseau demanda al lector que desentrañe un misterio. Por encomiable, porque en su vasta obra se debate entre la verdad y la mentira hasta la perdi -

ción delirante y porque no deja de ser grato el desafío aunque sea una trampa, el intento se centró en rastrear su deseo, sin recurrir a las insistentes constataciones para demostrar con hechos y fechas si lo que decía era falso o verdadero. La búsqueda se ciñó a su extenso testimonio que no termina en sus escritos autobiográficos. Rousseau el personaje, está igualmente presente en los libros que suelen corresponder a alguna rama de las así llamadas ciencias sociales.

¿Cómo leer entonces el Emilio? Esto es motivo de la segunda parte. Rousseau inscribe la educación de su Emilio -cuyo héroe es Robinson Crusoe- en la dimensión de lo imposible. Freud y Lacan contestan diciendo que esto no es mero azar; Heidegger ayuda para construir algunas ideas y Rousseau recomienda que "menos cuenta se ha de tener con las palabras que dice, que con el motivo que las dicta." (6) Esto ha sido lo buscado transitando por sus libros.

I.- ¿ Por qué escribe Rousseau ?

Rousseau emprende la tarea de decirlo todo. La malignidad de los hombres crecería con su silencio. Que sus Argos no equivoquen el juicio aunque pueda estar escribiendo su apología. Se disculpa por el relato de los más nimios detalles; sin embargo, son importantes para descubrir las causas secretas.

" Si entre mis lectores hay alguno bastante generoso que quiera profundizar estos misterios y buscar la verdad..., remóntese de intriga en intriga y de agente en agente hasta los primeros motores de todo; ya sé a punto fijo al término a que lo conducirán sus pesquisas; mas yo me pierdo en la obscura y tortuosa senda de los subterráneos que a él le han de guiar." (7)

El hombre puede no ser siempre consecuente en sus acciones, pero por encima de la gloria e incluso de la vida, ha de decir siempre la verdad.

Rousseau se desdobra y habla a través de Emilio, Julia, Saint-Preux, el Vicario Saboyano y Rousseau que también es personaje de Rousseau. Pero, ¿qué sucede a la verdad cuando es dicha por seres imaginarios? ¿La correspondencia entre Saint-Preux y Julia es verdadera?

"¿ Y quién puede asegurarle a usted si yo me encuentro en las mismas dudas que usted se encuentra, si todo esté aire de misterio no es un engaño para ocultarle mi propia ignorancia sobre lo que usted desea saber?"(8)

Si una persona real elogia o censura la verdad, miente. Un ser imaginario puede decir

cuanto quiera sin mentir, siempre y cuando no mienta sobre la verdad moral. Hay tres maneras de mentir: hacerlo en beneficio de otro, es fraude; la peor mentira es la calumnia y la otra mentira que no es mentira, es la ficción. Rousseau no mintió llevado por la falsedad. Sin embargo, consagrado a la verdad, se reprocha su divisa, "por que adornar la verdad con fábulas es, de hecho, desfigurarla." (9)

¿ Su oficio de escritor es su condena ?

Su deseo - declara en las Ensoñaciones - fue sustituir la verdad de los hechos por la verdad moral. Entonces no miente. Para describir la primavera, ha de encontrarse en invierno y para hacer el cuadro de la libertad, en la Bastilla. ¿ Miente cuando habla de lo que tiene sin tenerlo? Quizá revela que sin paraíso perdido, no hay paraíso pensable. Es igual decir que sin falta no hay deseo. Es la falta en ser la que organiza una búsqueda sin fin del objeto que el deseo persigue, no habiéndolo nunca más que imaginariamente ahora determinando la relación de Rousseau con el mundo. ¿ Miente cuando movido por deseos insatisfechos, sus seres imaginarios le otorgan a la ficción su función correctora de la realidad?

Hay algo intolerable en la realidad que se levanta contra Rousseau: la impregna un torrente de opiniones que dicen ser todas verdaderas. Ese caos arrastra a la verdad para ocultársela. Grimm y los demás urdían sus tramas para sujetarlo bajo su influencia. Sólo más tar

de interpretará Rousseau los consejos que Diderot le diera para escribir su Discurso sobre la Desigualdad como obedeciendo a la ruindad de la conjura, haciéndolo hablar en ese libro con un tono duro y sombrío (10) que no le era propio. Sus amigos quieren imponerle el intransigente yugo de la servidumbre que la dependencia entre los hombres obliga y se convierten en sus tiranos. Las opiniones de ellos no pueden ser verdaderas puesto que se originan en el prejuicio y la pasión. No sólo las opiniones, sino las normas también parten de ese mal principio.

Los filósofos podían perdonarle su celebridad literaria, puesto que no eran ajenos a ella; sin embargo, su ópera el Adivino, que tuviera tan exitosa acogida, provocó la irrupción de la envidia. Para él, causa más fuerte que el Adivino, fue la severa reforma que sobre su persona operó tras las ideas que lo visitaron durante el delirio de la fiebre. Comenzó por su traje, no usando más sus medias blancas y cambiando su peluca por una más sencilla. Le anunciaban que sólo le restaban seis meses de vida; resolvió vivirlos pobre y libre de las ataduras de la opinión. (Las opiniones de los filósofos ateos y la diversidad de cultos, ponían en cuestión sus certidumbres...). Se trató de una gran revisión moral, cuya exposición quedó a cargo del Vicario Saboyano. El destino de su exégesis, es el encuentro con la verdad religiosa in equívoca.

Para excusarse de los juicios propios, Rousseau hace hablar al Vicario Saboyano con el fin de poner a Emilio en condiciones de elegir la religión que su razón le dicte.

En ese enredo de opiniones, ¿ de quién es la verdad? ¿ De Mahoma, Moisés o Jesucristo? En cuestión de religión, se muestra especialmente tiránica la opinión, y es de ella decir, que el hijo ha de seguir la religión del padre.

Rousseau les dio a sus directores el honor de una conversión difícil del calvinismo al catolicismo. A ese muchacho- referido al principio del texto en tercera persona - dirige el Vicario su confesión de fe.

Fuerte -y por demás divertida - es su arremetida contra los inspirados que inventando revelaciones y milagros similares, hacen decir a Dios lo que ellos quieren, creando así la variedad de cultos. No está dispuesto a someter su razón al Dios que les habla a los hombres en idioma que no entienden y que, en todo caso, se hace traducir.

Si el hijo de un cristiano ha de seguir la religión de su padre, ¿ porqué el hijo de turco no habría de hacer lo mismo? Pero se dice que los misioneros van por todo el mundo. "¿Van a la Tartarina mediterránea a seguir a caballo a las hordas nómadas, a las que jamás se aproxima un extranjero y que, lejos de haber oído hablar del papa, conocen apenas al gran lama"?(11)

Y aunque así fuera, los hombres que muriesen el día de llegada de un misionero a un país, ¿estarían condenados sin remedio al infierno? Ese sería el destino de la cuarta parte de los pobladores del mundo.

Y sin duda, también de Rousseau, que por 1732 o 1736 se preguntaba por su condenación de morir en ese momento. Lo atormentaba el temor al infierno que M. de Warens, mamá, supo disipar mejor que cualquier teólogo: Dios no podía ejercer su justicia sobre los hombres, porque al no haberles otorgado lo suficiente para serlo ellos mismos, exigiría recibir más de lo donado.

La duda puede llegar a ser tan asfixiante, hasta obligar la equívocación antes que decir nada. El Vicario comprendió que la consulta a los filósofos, a más de ser inútil, resultaba perturbante. Recurrió entonces a la luz interior que, si no extravía menos, sustituye las mentiras de ellos por un error propio. Llevado por el amor a la verdad, comenzó por preguntarse: ¿quién soy yo? El ser inteligente es aquél que puede darle un sentido al término es. No es dueño de sus sensaciones, las cuales lo hacen sentir su existencia, pero si de la capacidad de examinar. El primer objeto de comparación con los 'no yo', es decir, con los objetos de sus sensaciones que también son las ideas, es 'yo'. Si 'yo' tiene la capacidad de actuar, es presupuesta la voluntad que promueve un juicio determinado por la facultad inteligente. Del mismo modo, si el universo está

en movimiento y si no existe acción sin voluntad, una voluntad mueve al universo. La armonía de su movimiento indica una inteligencia. Sin embargo, ésta, la inteligencia de Dios, no re quiere del razonamiento humano. "... todas las verdades son para ella una sola idea, al igual que todos los lu gares un solo punto y todos los tiem pos un único momento." (12)

No hay verdadera voluntad sin libertad. La libertad de acción indica la presencia de una sustancia inmaterial y el mal no es más que el abuso de esa libertad que Providencia no puede impedir, puesto que atentaría con la li bertad. El mal no es suficiente para trastocar el orden del mundo.

La discordancia dentro del orden huma no, donde el malvado triunfa y al jus to se le oprime, se comprende y se re suelve porque son dos las sustancias: la vida del alma es plena cuando muere el cuerpo, ya que entonces no ocupa más su fuerza en mover la sustancia pa siva y muerta. Sabemos que el cuerpo muere, pero no imaginamos cómo muere el alma; por lo tanto, no muere.

A cada sustancia le habla una voz: la conciencia es la del alma y las pasio nes son la voz del cuerpo. Quien siga

la voz de la conciencia, que no es la de la razón necesariamente, obedece a la naturaleza. Los actos de la conciencia, responden a los sentimientos innatos del hombre: el amor de sí mismo, el miedo al dolor, el horror a la muerte y el deseo de bienestar. Dios nos otorga la conciencia para amar al bien, la razón para conocerlo y la libertad para elegirlo. A Dios se asocian la inteligencia, el poder, la voluntad y la bondad. La conciencia nos hace semejantes a El; concuerdan sus voliciones con las nuestras.

No hay equívoco si se siguen las reglas del corazón. Se resuelve la diversidad de cultos: la naturaleza los dicta.

Al Dios del Vicario, todos pueden contemplarlo en su obra. " ... mi oración, que no consistía en balbucear algunas vanas palabras..., consistía más en admiración y contemplación que en súplicas." (13) Y a pesar de tan transparente glosa, cuanto más se interna el Vicario en pensar la esencia de Dios, menos la concibe; ella es al alma lo que el alma es al cuerpo. Ha quedado un espacio para la duda. Quince o veinte años después, haciendo referencia a la Profesión de Fe, Rousseau se pregunta: " ¿ soy, pues, el único sabio, el único esclarecido entre los mortales? Para creer que las cosas son así, ¿ basta que me convengan? " (14)

Sus preguntas revelan algo inquietante: si efectivamente el Vicario dió con la verdad, Rousseau es entonces el único esclarecido entre los mortales. Pero, justo

tamente, es mortal. Si es el único esclarecido, no es mortal. Se le presenta una alternativa: o es mortal, o es esclarecido; si es mortal, no puede reunir todas las verdades en una sola idea, ya que ese es atributo de Dios. Entonces, el Vicario miente. Pero prestó sus oídos a la voz de la conciencia para escribir la Profesión de Fe, respondiendo al innato sentimiento del horror a la muerte. Hay pues correspondencia entre lo que lleva a Rousseau a escribir al Vicario y lo que el Vicario dice. Si fue la voz de la conciencia la que lo llevó a inventarlo, el Vicario dice verdad. Pero entonces, siendo un esclarecido, ¿por qué requiere de la razón si a El no le hace falta? Mejor sería preguntar por qué requiere de un edificio moral.

La diversidad de cultos, recuerda la voz de la pasión en Rousseau: "había nacido calvinista, pero a consecuencia de una ligereza, al encontrarse fugitivo en país extranjero y sin recursos, cambió de religión para tener pan." (15) ¿Habría relación entre esto y el miedo a la condenación? Parece certera la reparación que Rousseau emprende. Quizá no sólo esto le preocupa: su madre había muerto calvinista al nacer él. Cuando en la abjuración Rousseau se presentaba ante el inquisidor, éste indagó respecto a la condenación de ella.

Con el Vicario, sosiega las zozobrantas miradas de Argo sobre deseos abyectos alguna vez realizados. La Confesión atenúa la consecvente culpa y Rousseau, "en el orden moral correspondiente, cuyo sistema es el resultado de (sus) búsquedas, (encuentra) los apoyos que necesita para soportar las miserias de (su) vida." (16)

La semejanza que con Dios alcanza aquél que escuche la voz de la conciencia, apunta hacia un orden de deseo que quizá acerque la razón de su destino.

Dos cuestiones son ineludiblemente sorprendidas: el exégeta requiere de un disfráz y así vestido, se pregunta en el punto de partida por el ser. ¿ Por qué es necesario el marco del simulacro? Rousseau cobra en la Confesión de Fe la faz de un fantasma que es el personaje central de la fantasmagoría. Esa escenificación, tiene un mágico poder: obtura la falta que define estructuralmente su ser, para mirarse ligado sin mediación a su deseo. El deseo de verdad, se convierte en el garante de que la Verdad que Rousseau persigue, se haga perdediza. La pregunta por el ser culmina con lo que lo hace ser: la falta.

El Vicario parece estar tocando el fondo de las más certeras certidumbres, cuando de pronto se ve en la necesidad de sustituir unos dogmas de fé por otros. La impenetrable esencia de la infinitud de Dios, es al alma lo que a la razón la imposible imginarización de la muerte del alma. Si lo primero se resuelve con un dogma, ¿ por qué no resolver la muerte del alma del mismo modo?

Rousseau el Vicario, se eleva en su omnipotencia hasta hacerse efectivamente semejante a Dios: inteligentes, bondadosos, poderosos... " Carta No. 18.- Me inclinaría a pensar que la existencia de los seres inteligentes y libres es una consecuencia necesaria de la de Dios, y concibo que un goce en la divinidad, fuera incluso de su plenitud, o mejor que la complemente, es reinar sobre las almas justas."(17)

Rousseau se aleja del mundo humano; lo trasciende igual que Dios, reinando sobre las almas justas. En su fantasía, no sólo el laberinto de opiniones se disipa; ésta le otorga un lugar desde donde reina. En alguna parte de las Confesiones, se lee: "puede muy bien asegurarse que no comencé a vivir hasta que por muerto me tuve." (18) Quizá, hablar así de la muerte y la vida, sea un modo de probar - en el sentido de saborear - la vida del deseo en tanto su objeto es inaprehensible. Eso es lo que la escenificación fantasmática del deseo ocluye: el disfráz que lo convierte en fantasma, le permite ocupar el lugar de deseante sin tener que mirar de frente su falta de ser; sin que se le revele la nada sobre la cual se sostiene su ser.

Valdría preguntar si además de la semejanza reinante con Dios, aquella que los haría inmortales a ambos despierta la necesidad de la escritura.

Rousseau se entrega por entero a sus quimeras, declarándose amante de la soledad desde muy joven. Los visitantes eran inoportunos; la gente opulenta entre la que vivía, no comprendía los inconvenientes económicos que le acarrearaban los regalos. Qué poco lo conocían los que lo llamaban misántropo y licántropo; "... me dolía dejar a mis semejantes sin que conociesen lo que valía, sin que supiesen cuánto hubiera merecido ser amado por ellos si me hubieran conocido mejor." (19) Sin embargo, "... privado del placer de ciertas amistades harto enérgicas, también estaba libre del peso de sus cadenas." (20) Pero no podía remediar ocuparse del talento de los otros para así vislumbrar el propio. Esas cadenas que perturban los hábitos de

la naturaleza del hombre y que lo impulsan a querer olvidar a la raza humana para " formar criaturas y sociedades perfectas," (21), insinúan que entre las presencias de otros, Rousseau se percata de que no alberga en sí mismo al significado. Se volvía terrorífica la idea de que 'ellos' ejercían sobre él su influencia. Se ponía en tela de juicio su delimitación respecto a los otros, para impulsar una disyuntiva: o ellos, o yo.

El sujeto, porque no alberga en sí al significado, tiene que preservar la relación con el otro para conservar - como 'yo' - a su vez su imagen narcisística. En la identificación agresiva, encuentra Rousseau la unidad propia en la fragmentación ajena. ¿ A qué oráculo de ley irremediable y no sabida responde Rousseau atosigado por el despedazamiento para encontrarse con la Verdad?

Esta vez, en el Discurso sobre el Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres; el paraíso perdido es el del hombre salvaje. Disfrazado, Rousseau supone hallarse en " el Liceo de Atenas, repitando las lecciones de (sus) maestros, teniendo por jueces a los Platones y Jenócrates y al género humano por auditor." (22)

No hay acuerdo entre los autores que dirimen en torno a la ley y el derecho. Debe haber algo de original en el hombre que permita deducir los principios del derecho natural, sin partir de conocimientos que los sabios no tienen naturalmente. "; Oh hombre, a cualquier país que perte-

nezcas, cualesquiera que sean tus opiniones, escucha! : he aquí tu historia tal y como creí leerla, no en los libros de tus semejantes, que son mentirosos, sino en la Naturaleza que no miente jamás. Todo cuanto proceda de ésta será verdadero: sólo habrá de falso lo que sin querer le habré mezclado. ... descontento de tu condición presente, por ciertas razones que vaticinan a tu desgraciada Posteridad unos mayores descontentos aún, quizá quisieras poder retroceder." (23)

De haber conservado el modo de vivir sencillo y solitario prescrito por la Naturaleza, la humanidad no tendría nada que deplorar. La razón ha venido a trastocar lo que de natural hay en el hombre, porque "no es posible concebir por qué el que no tuviera ni deseos ni temores se molestaría en razonar."(24)
¿ No estaría el hombre en situación más feliz, si libre del sometimiento de la dependencia, no hubiese ni mal que temer ni bien que esperar?

El estado del hombre salvaje, tan próximo a la animalidad, es un tanto indolente. El tiempo más próximo a la felicidad, debió haber sido el momento en que no privara ni lo insulso, ni el petulante amor propio. Entonces un

hombre no necesitó de la ayuda de otro; bastándose cada uno a sí mismo, podía disfrutar con los otros relaciones de independencia manteniendo la igualdad. Surge la propiedad, y con ella la reputación y el bien parecer. "Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas esas diferencias: el salvaje vive en sí mismo mientras que el hombre sociable, siempre fuera de sí, no sabe vivir sino en la opinión de los demás y es, por así decirlo, de esta opinión exclusiva que saca el sentimiento de su propia existencia." (25)

Las normas del derecho natural, dimanar de dos principios anteriores a la razón, que recuerdan lo que de original hay en el hombre: la autoconservación y la preocupación por el propio bienestar, y la repugnancia ante el sufrimiento de otro.

La asociación civil asentada sobre estos principios, será motivo del Contrato Social. Si el hombre ve por sí mismo de este modo, necesariamente ve por los demás sin dar lugar a la voluntad particular.

Con la desigualdad disuelta, ¿ queda Rousseau libre de todo yugo que pueda recordarle que no vive en sí mismo?

Inflamado por el celo patriótico, "...avergonzado de verme excluído de mis derechos de ciudadano por haber abrazado otro culto que el de mis padres, me

decidí a tomar este último nuevamente;"(26) porque si el Evangelio es el libro de todos los cristianos, le toca al soberano de cada país prescribir la forma del culto y a los ciudadanos apegarse a esa ley. Avergonzado, dedica su Discurso a la República de Ginebra: "Magníficos, muy honrados y soberanos señores: Convenido de que sólo al Ciudadano virtuoso pertenece rendir a su Patria unos honores de los que pueda prevalecerse, llevo treinta años afanándome en hacerme acreedor a ofrecerles un público homenaje... ." (27)

Entre 1728 y 1731, la errancia llevaba a Rousseau a Confignon, donde su curiosidad por conocer a un descendiente de los Caballeros de la Cuchara, los saboyanos que en 1527 llevaban una cuchara de madera al cuello como símbolo de su propósito de comerse a los ginebrinos,(28) lo hizo relacionarse con el cura párroco, el sepor de Pontverre. "El Señor le llama -le dijo-; vaya a Annecy, allí encontrará una buena señora muy caritativa, a quien los beneficios que el rey le otorga permiten apartar a otras almas del horror en que ella misma se viera sumida."(29) Se trataba de la señora de Warens, recién conversa; del destino de su propia conversión.

Rousseau excusa su benevolencia hacia Pontverre, diciendo que su " falta asemejábase a la coquetería de las mujeres honradas, las cuales, en ocasiones, para lograr su fin sin prometer ni permitir nada, logran hacer esperar más de lo que se proponen conceder."(30)

Abandonar su país, sus parientes, transportado por la fascinación de ser favorito - el universo se iba a llenar con su aparición (31) - ,para encontrarse con M. de Warens, quien cometiera una ligereza semejante

a la suya y tuviese una educación y una boca tan semejantes a él, hacían de los fines de esa coquetería algo irresistible.

Falta de pan, ligereza, coquetería; pero, ¿qué provoca a esas razones que quieren explicar un paradójico ir y venir de su deseo, que por cierto no deja de acompañarse de culpabilidad?

Su movimiento tiene un punto de referencia: sea Ginebra devorada por los Caballeros de la Cuchara, o Ginebra la República Magnífica. En esa fluctuación, van cristianismo y calvinismo. Que Ginebra lo perdone y en nombre de sus méritos, le permita dedicarle su Discurso. Permite quien tiene la facultad de prohibir. De este modo, a pesar del abandono, Ginebra no queda destruída para Rousseau puesto que prohíbe.

¿Qué es Ginebra? ¿Será un rostro posible del Otro tejiendo el destino de Rousseau más allá de su voluntad? Rousseau, víctima de la pobreza y la fatua opinión, dejaba lo que de natural había en él y Ginebra, como Otro, seguía a pesar de ello sosteniendo su deseo como prohibido. El deseo, es el deseo del Otro; el Otro no puede perderse de mira puesto que es el único capaz de validar el deseo. Su Omnipotencia es la que ha de quedar intacta; Ginebra no falla.

La vuelta al origen y el acercamiento a la divinidad, postulan la falta de verdad, buscando aquella Verdad que por estar en el origen, debe regir. "Si me echan de un árbol, con marcharme a otro, en paz. Si me atormentan en un lugar, ¿quién me impedirá trasladarme a otra parte?" (32) No sólo en su Discurso describe Rousseau al hombre salvaje: "...resolví partir al día siguiente. La dificultad estaba en saber a dónde

ir, viendo que para mí estaban cerradas Ginebra y Francia... (33) Si algún día tengo el valor de escribir la parte tercera, se verá cómo, creyendo partir para Berlín partí en efecto para Inglaterra... " (34).

Su errancia fue en la juventud motivo de emoción y de persecución algunos años después. Se inscribía una extraña coherencia entre lo dicho y lo hecho. ¿ Era Rousseau el visionario que en su Discurso anticipaba su condición de hombre salvaje? Había algo en él que cobraba expresiones.

"En materias tan superiores al entendimiento humano, una objeción que no se pueda resolver, ¿ echará por tierra todo un cuerpo de doctrina tan sólida, tan bien ligada y formada con tantas meditaciones y cuidado, tan adecuada a mi razón, a mi corazón, a todo mi ser, y reforzada por el asentimiento interior que siento faltar en todos los demás? " (35)

¿Adecuado a su ser justamente ese asentimiento interior que siente faltar en todos los demás? ¿ Qué falta a todos los demás y que él posee? ¿ Qué verdad se sostiene sobre la falta de verdad de los otros? ¿ La que se expresa en la Verdad no sólo ardientemente buscada, sino reconocida por momentos como tal?

Para Rousseau, la vida es desafío que pareciera situarse en dos escenarios sorprendentemente comunicados. En París y Ginebra, se decreta el arresto del autor del Contrato Social y del Emilio; con motivo de un paseo por

la isla de los Cisnes, Rousseau relata: " un pobre viejo inválido esperaba en una barca compañía para cruzar. Me presenté y le dije al barquero que partiese. El agua estaba gruesa y la travesía fue larga. No me atrevía casi a dirigirle la palabra al inválido por temor a ser duramente tratado y rechazado como de costumbre, pero su aire honesto me tranquilizó. Hablamos. Me pareció un hombre de sentido común y de buenas costumbres. Quede sorprendido y encantado por su tono abierto y afable, no estaba acostumbrado yo a tanto favor; mi sorpresa cesó cuando supe que acababa de llegar de provincias. Comprendí que aún no se le había mostrado mi figura ni dado instrucciones."(36)

Una rivalidad con sus contemporáneos sin duda, y otra secretamente suya. Inquieta la pregunta que inquiere por los personajes que parecen no estar presentes en el desafío.

Si su deseo se sostuvo como prohibido, quizá su desafío lo era respecto al Otro; el Otro como lugar de la Ley. De ser así, Rousseau quedaba ubicado como legislador; como estando en el origen... de lo que hace ley. Estaría entonces en el lugar del origen del discurso, sin estar determinado por él. La relación rivalizante con sus semejantes, sería consecuencia de su lugar respecto al Otro, lugar que deja ver en su deseo de hacer ley, el deseo de actuar sólo conforme a su deseo.

"Cuán poderoso, cuán fuerte se es cuando nada se espera ya de los hombres. Río de la loca inepticia de los malvados, cuando pienso que treinta años de trabajos, de

preocupaciones, de penas sólo les han servido para ponerme plenamente por encima suyo."(37)

Cincuenta años después de sucedido, Rousseau relata el incidente del injusto castigo recibido por haber roto un peine: " la fuerza misma tuvo que ceder ante la endiablada terquedad de un chico, que tal calificaban mi constancia. De esta cruel prueba, a la postre, salí destrozado, pero victorioso."(38) Cuántas veces en su vida habría de repetirse una historia similar. El desafío provenía del afuera juzgándolo inepto -" leíla, (una comedia) me agradó, y me dieron tentaciones de escribir una, para probar si sería tan estúpido como su autor me había calificado..."(39) - . También, burlábase de él: "...se me había puesto en la cabeza que el amor, tan impropio de mi edad y talante, me había envilecido a los ojos de la señora de Houdetot; que esta loquilla quería divertirse conmigo y mis rancias ternuras; que se lo había participado a Saint-Lambert, y que teniendo ambos las mismas miras por efecto de la indignación que les había causado mi infidelidad, estaban de acuerdo para acabar de hacerme perder la cabeza y burlarse de mí." (40)

Las voluntades que lo retan van haciéndose malvadas y se convierten en acusación. Rousseau se confiesa y sus Confesiones son el testimonio que llevará al Juicio Final.

Su primera confesión difícil, no por criminal, sino por vergonzante, la que ya dicha abre paso a las demás, es la extraña afición que descubre al recibir

de mano de la señorita Lambercier " el castigo que se les da a los niños. ... No atreviéndome a declarar mi afición, entreteníala por medio de conexiones que despertaban su recuerdo en mi imaginación. Hallarme a los pies de una mujer imperiosa, cumplir sus mandatos y verme en trance de pedirle mil perdones, eran placeres inefables para mí, y cuanto mayor era el impulso comunicado a mi sangre por mi ardiente imaginación, tanto más parecía un amante tímido."(41)

A esta circunstancia podría estar aludiendo Freud cuando comenta: " La dolorosa excitación de la piel de las nalgas es reconocida por todos los educadores a partir de Jean Jacques Rousseau, como una raíz erógena de la pulsión pasiva de la crueldad (del masoquismo)."(42)

¿ Está haciendo Rousseau una confesión de crueldad?

Prestaba servicios de amanuense a la señora condesa de Vercellis, quien "cuando cesó de hablar, ya en las ansias de la muerte, soltó una ruidosa ventosidad y, volviéndose, dijo: '¡Bueno! Mujer que ventosea, no está muerta.' Estas fueron sus últimas palabras."(43) Cuando sus bienes fueron distribuidos, sólo faltaba una cincuenta rosa y plata. Rousseau acusó a Mariquita de regalarle la cinta, habiéndola tomado él con intenciones de dársela a ella. " A veces este recuerdo me con turba y trastorna hasta el punto de ver en mis insomnios avanzar hacia mí a aquella pobre niña para reprocharme mi crimen, como si lo hubiera cometido el día anterior. ...y puedo asegurar que el anhelo de librarme de él en cierto modo, ha contribuido a la resolución de escribir mis confesiones."(44)

Fue desde su estancia en la casa de la señora de Vercellis, que Rousseau comenzó a experimentar el " juego maligno de las miras ocultas." (45)

Ese juego hace pensar, que el hombre no sólo se ve expuesto a excitaciones que vienen del exterior, de las cuales puede resguardarse esquivándolas. Ante aquellas que emanan del interior del cuerpo, no hay huída posible. En la edad media, eran comprendidas como demonios provenientes del mundo exterior. Ahora, Freud nos dice que aquéllos eran una proyección de los demonios que surgen y habitan la vida interna del hombre: deseos abyectos descendientes de impulsos pulsionales reprimidos. (46) Las pulsiones no pueden verse, tocarse o saborearse; sin embargo, son el concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Son los representantes psíquicos de las excitaciones corporales. Sólo como representantes se hacen presentes, como una tendencia cuya orientación se moldea a partir del deseo de que el deseo sea reconocido.

El juego maligno de las miras ocultas, ¿ los así llamados demonios?

La tercera confesión penosa, es el relato del abandono a Le Maître: "... acometióle a Le Maître uno de sus ataques; pero esta vez fue tan violento, que yo me sobrecogí de espanto. Grité, pedí socorro, dije dónde vivía y supliqué que lo hicieran llevar allá; y luego, mientras la gente se reunía y agolpaba en torno de un hombre que yacía en tierra, sin sentido, echando espumarajos por la boca, lo abandoné yo, el único amigo que hubiese podido socorrerle." (47)

Un singular placer en la crueldad de la impetuosidad de las pasiones, es insostenible. A sus tres confesiones las atraviesa la vergüenza que, como él dice, es compañera de la conciencia del mal.

" Entre las pasiones que agitan al alma del hombre, hay una ardiente, impetuosa, que hace un sexo necesario al otro, pasión tremenda que afronta todos los peligros, allana todos los obstáculos y que con sus furoros parece capaz de destruir al género humano que está destinado a conservar. ¿ Qué sería de los hombres sin pudor, sin freno, y disputándose cada día sus amores a costa de su sangre? En primer lugar hay que considerar que cuanto más violentas son las pasiones, más necesarias son las Leyes..."(48)

Su deseo de hacer ley en la búsqueda de la Verdad, sólo vive en el acatamiento de leyes. Sus monumentos legales y morales, son panegíricos de amor y bondad que revelan una discordancia con la Ley. Sus pasiones han de ser acalladas: el odio no puede hacer hablar al portador de la Verdad identificado con la divinidad que es toda bondad. El hombre salvaje no sufre de la ira y el frenesí de las pasiones; el mal puesto en el rival, quiere eximirlo de verse presa de él.

"¿Quiero vengarme de ellos tan cruelmente como sea posible? (49)

Pues cuando esos señores me redujeron al estado en que estoy, sabían de sobra que no tenía el alma odiosa ni ven

gativa; de otro modo jamás se habrían expuesto a lo que podía ocurrir."(50)

Rousseau construía leyes-diques para no exponerse a sus demonios, que sin embargo, no lo deshabitaban: " El suelo que piso tiene ojos, paredes que me rodean tienen oídos; cercado de espías y vigilantes malévolos que me celan, inquieto y perturbado estampo apresuradamente en el papel algunas palabras interrumpidas, que apenas tengo tiempo de releer y menos aun de corregir."(51) Sus rivales secretamente suyos, lo miran sin piedad y con una crueldad intransigente, le arrancan su confesión.

Rousseau es llamado a ser mirado y se desnuda con sus palabras para legar a los hombres "la imagen fiel de uno de ellos para que aprendan a conocerse."(52) Las miradas espías, lo convierten en sede de un goce malvado que hace a su padecimiento.

" Abrid la historia antigua, la hallaréis llena de esas maneras de hablar a los ojos que siempre produjeron un efecto más seguro que todos los discursos que se podrían haber dicho en su lugar."(53) Rousseau habla a los ojos de sus lectores, y quizá no sea difícil imaginar la dirección de las miradas sobre alguien que por 1762 anduviera vestido de armenio en Montiers-Travers, traje que adoptara Rousseau " aun a riesgo del qué dirán" (54) con motivo del uso de sondas para aliviar su mal urinario.

¿ Qué paradoja es ésta del sufrir por verse expuesto expuesto a una mirada que él mismo invoca y provoca y que como una obsesión, no contento con las Confesiones, lo hace seguir mostrándose en 'Rousseau juez de Jean Jacques', en las 'Ensoñaciones de un Paseante Solitario';

en ' Mi Retrato', en 'Cartas de Baraja'?

Machado diría: el ojo que ves no es -
ojo porque lo veas -
es ojo porque te ve. -

Los ojos son la fuente de la pulsión escópica, cuyo fin sexual se presenta en forma activa y pasiva: su tendencia es mirar y ser mirado. A diferencia de las pulsiones autoeróticas en torno a las cuales se desarrolla la sexualidad infantil, descubriendo Freud la sucesión oral, anal y fálica, en las cuales el objeto de la pulsión se empalma con la fuente, que es en cada caso el órgano preeminente, el objeto de la pulsión escópica no es el propio ojo, sino un objeto exterior a él que comienza siendo el propio cuerpo. A partir de ésta que sería una fase preliminar, Freud indica tres momentos de la pulsión que hacen al par de opuestos que la constituye, par que no se quiebra aunque predomine uno de los componentes sobre el otro: primero, la mirada es una actividad que se dirige hacia un objeto exterior; en un segundo tiempo, la pulsión deja al objeto y vira hacia una parte del propio cuerpo para instaurar su nuevo fin pasivo: ser mirado. Finalmente, se instala un objeto (Subjekt) nuevo al cual el sujeto se muestra para ser mirado.

Las pulsiones, que son parciales, se ligan en la historia del sujeto a los representantes del agente que las satisface -ya que su fin es obtener determinadas formas de placer-, esto es, que se ligan a un objeto parcial, no en el sentido de parte de un todo, sino representando sólo parcialmente lo que se produce en el sujeto, y se ligan a un modo de satisfacción. La estructura de la demanda resultante de la búsqueda de satisfacción de una pulsión parcial, no desaparece. Esto es, que la

pulsión escópica, como toda pulsión, pertenece a un orden de discurso.

A costa de extender la distracción, cabe aventurarse en el intento de pensar cómo la pulsión escópica dibuja y se dibuja en un sujeto. Lacan nombró la fase del espejo: fisiológicamente inacabado, sin poderse aún mantener de pie mas que sostenido por otro, desde la edad de seis meses, el niño se mira erguido ante un espejo y asume esa imagen con júbilo. Este hecho es, por cierto, empíricamente verificable. ¿ Por qué goza el niño? El espejo le devuelve una Gestalt de completud anticipada. Con esa imagen virtual se identifica, es decir, se transforma cuando la asume como modelo. Se abre así para él la posibilidad del 'yo soy ese' y sin duda, la imagen es de él, pero también la de un otro, puesto que no corresponde a su estado de impotencia motriz. El yo, que le viene dado al sujeto desde el exterior como forma ficticia, más exactamente, imaginaria, es ya un otro desde su origen. A esta forma, habría que designarla como 'yo ideal', instancia que entraña la omnipotencia narcisística de una idea del 'todo'. La imagen en el espejo es la metáfora del semejante, es decir, "de otro yo que sea yo." (55)

¿ Con qué ojos se mira en el espejo? Una Ley regula la relación con el otro; el deseo del Otro impone su querencia.

Cuando Freud se refiere a la pulsión escópica, usa la palabra Schaulust y no Sehlust. Quizá schauen está más cerca de mirar y sehen de ver. Ante el espejo, la mirada regida por el Otro se dirige hacia un objeto exterior que es el propio sujeto que, al ser mirado, queda cautivo en una fascinación. En esa plenitud,

se elude la función de la mirada en relación con el deseo, es decir, como aquello que apunta hacia la falta fundamental del deseo. La imagen sobre el espejo que mira, engaña. Lacan dirá que "la mirada triunfa sobre el ojo" (56) y quizá esto hace hablar a Freud de schauen, dándole a la pulsión escópica su característica diferencial respecto a las demás pulsiones en lo que se refiere a la fuente.

La fase previa a los tres momentos de la pulsión, es indicada por Freud como una formación (Bildung, donde Bild, también significa cuadro) narcisística de la que parte el componente activo de la pulsión escópica, en tanto abandona al narcisismo que, sin embargo, se sostiene respecto al objeto en su componente pasivo. Podría por tanto sugerirse, que la 'primera' mirada sobre el cuerpo como objeto exterior, queda incluida a posteriori (nachträglich) en el orden simbólico a partir del suceso que es la fase del espejo, de manera similar a la integración de escenas que aluden a la castración - como el destete- , en la fase edípica correspondiente.

En el estadio del espejo, el infans se mira mirándose y se muestra para ser mirado. Esto hace pensar en lo que a un sujeto le sucede ante un cuadro: al creer que es él quien postra su mirada sobre el cuadro, se le escapa el hecho de que esa fascinación que a veces puede sentirse, una necesidad de quedarse ahí, responde a la mirada del cuadro sobre él, que de ese modo y sin saberlo, lo sitúa como objeto causa del deseo del Otro. A ese objeto, Lacan lo denominó objeto "a", que viene de autre, el otro del espejo que resulta un semejante sólo a partir

del lugar del Autre. (a) de autre y "a" objeto causa del deseo, no son lo mismo. Se ligan sin embargo en un punto: cuando el sujeto busca al objeto "a", se encuentra con i(a); con la ilusión de poseer al objeto de su deseo. autre remite al hecho de que en la constitución del yo, su función narcisística se fundamenta en concebirse capturado en una unidad inexistente. El sujeto en tanto "a", procura ocluir la falta en el Otro que refiere a la propia. Esa especie de enredo entre el sujeto y el cuadro, deja sentir la plenitud ilusoria de la completud del Otro, sin que el sujeto se percate de que está siendo mirado. De quedar "a" sin disfraz, sobrevendría la angustia ante el derrumbe del narcisismo.

Rousseau está siendo mirado por Argo con sus ojos vertidos por todo el cuerpo; las paredes y el piso tienen ojos; doce años lleva Grimm urdiendo el plan contra él y " lo que sobre todo necesita, es que yo permanezca envuelto en impenetrables tinieblas, y que su trama esté siempre oculta a mis ojos, sabiendo muy bien que por mucho arte que haya desplegado en ella jamás podría ocultarse a mis miradas."(57)

Le tenían envidia que - siguiendo a Lacan- sería una mirada como envidia de una completud. Un ojo malo se posaba sobre él. Sin embargo, ¿ podría haber sido la propia mirada una envidia, cuando pudiendo volver a Ginebra ocupara el Ermitage por haberse establecido Voltaire cerca de Ginebra?

" Quizá hubiera debido ir a desafiar de frente la tempestad, si me hubiera sentido bastante fuerte. Pero, ¿ qué

habría hecho yo solo, tímido, sin saber hablar, contra un hombre arrogante, opulento, sustentado por el apoyo de los grandes, dotado de una brillante locuacidad y siendo ya el ídolo de las mujeres y los jóvenes? " (58)

Rousseau teme: " ¿ mi ser verdadero reside en sus miradas?" (59) Lo odian. Escribe 'Rousseau juez de Jean Jacques', donde se hace cargo de su propia defensa en un diálogo que sostienen Rousseau con un Francés acerca de Jean Jacques. " Es muy triste para Jean Jacques que Rousseau no pueda decir todo lo que sabe acerca de él." (60)

El Jean Jacques de la descripción de Rousseau, corresponde justo en forma invertida al Jean Jacques del Francés: el uno se ocupa del hombre que sufre, el otro es un misántropo; al que no le importa ser olvidado por el mundo siempre y cuando lo dejen en paz, se opone aquél que quiere atraerse las miradas del mundo a costa de la paz de los otros; hay uno lleno de amor propio y el otro goza de la tranquilidad necesaria para no preguntarse cuál es su lugar respecto a los demás; el del Francés, henchido de astucia y arte para engañar, encubre sus vicios con gran maestría y esconde su maldad bajo un manto de pureza, el otro, en cambio, medita despacio y con esfuerzo y recorre sus errores reparándolos no sin arrepentimiento. (61)

Teme tanto que este manuscrito donde dice la verdad no llegue a la posteridad sin ser tachado por sus

enemigos, que intenta depositarlo en el altar de Notre-Dame donde, obstaculizado por una reja que nunca antes había visto, lo invade la terrible idea de que el ardid ha trascendido al mundo humano, para provenir de la Providencia.

Este derecho y revés tan notable, recuerda las dos tendencias de la pulsión escópica: mirar y ser mirado. La sorpresa estalla cuando Rousseau relata su fantasía de ser poseedor del anillo de Giges, el anillo que vuelve invisible.

"... me habría librado de la dependencia de los hombres y los habría sometido a la mía. A menudo en mis fantasías me he preguntado qué uso habría hecho yo de ese anillo... Justo siempre sin parcialidad y siempre bueno sin debilidad me habría prevenido igualmente de las desconfianzas ciegas y de los odios implacables; porque al ver a los hombres tal cual son y leyendo tranquilamente en el fondo de sus corazones, habría encontrado pocos lo suficientemente amables para merecer todas mis afecciones, pocos lo bastante odiosos para merecer todo mi odio... ." (62)

Adentro de su fantasía omnividente, está el motivo de su Discurso, de todas las normas que en sus textos dispone y queda libre de la dependencia, del odio de otros y del propio. Pero hay un lugar donde su ensoñación se detiene hasta desvanecerse:

"Sólo hay un punto en el que la facultad de penetrar invisible por todas partes

tes me habría podido hacer buscar tentaciones a las que habría resistido mal, y una vez entrado en estas vías de obnubilación, ¿ a dónde no habría sido llevado?" (63)

¿ Una mirada que lo ve voyeur podría estarlo atormentando?

Lo que podría leerse como coincidencia, deja de serlo cuando Freud explica que la fuerza que se contrapone al placer de mirar, y que incluso lo anula (aufhebt), es la vergüenza. (64)

Invadido por la vergüenza y el arrepentimiento, emprende sus Confesiones; la plenitud que encuentra en la contemplación omnividente el poseedor del anillo de Giges, no está lejos del sosiego en que resulta resuelta la desigualdad entre los hombres. El Vicario Saboyano por su parte, apacigua también a la voz de la pasión. Las Confesiones, son un escrito autobiográfico; la posesión del anillo, es una fantasía; el Discurso, es un libro polémico y la Confesión de Fe, uno religioso.

El partir pensando en el sujeto del inconsciente, ha elidido las fronteras. Además de propiciar un cambio en el ordenamiento de los libros en el librero, obliga a una pregunta: ¿ por qué se hace esa línea divisoria? No sé; acaso todos padecemos cierta preferencia por las portadas.

Rousseau mira para no ver y se vuelve como un cuadro para el lector. Al ser mirado, perseguido delirantemente por miradas, tal vez teme ser visto como el Francés ve a Jean Jacques y entonces su fantasía del

tes me habría podido hacer buscar tentaciones a las que habría resistido mal, y una vez entrado en estas vías de obnubilación, ¿ a dónde no habría sido llevado?" (63)

¿ Una mirada que lo ve voyeur podría estarlo atormentando?

Lo que podría leerse como coincidencia, deja de serlo cuando Freud explica que la fuerza que se contrapone al placer de mirar, y que incluso lo anula (aufhebt), es la vergüenza. (64)

Invadido por la vergüenza y el arrepentimiento, emprende sus Confesiones; la plenitud que encuentra en la contemplación omnividente el poseedor del anillo de Giges, no está lejos del sosiego en que resulta resuelta la desigualdad entre los hombres. El Vicario Saboyano por su parte, apacigua también a la voz de la pasión. Las Confesiones, son un escrito autobiográfico; la posesión del anillo, es una fantasía; el Discurso, es un libro polémico y la Confesión de Fe, uno religioso.

El partir pensando en el sujeto del inconsciente, ha elidido las fronteras. Además de propiciar un cambio en el ordenamiento de los libros en el librero, obliga a una pregunta: ¿ por qué se hace esa línea divisoria? No sé; acaso todos padecemos cierta preferencia por las portadas.

Rousseau mira para no ver y se vuelve como un cuadro para el lector. Al ser mirado, perseguido delirantemente por miradas, tal vez teme ser visto como el Francés ve a Jean Jacques y entonces su fantasía del

anillo se invierte: él no mira; es mirado. El no odia; es odiado. Se silencian los demonios.

Rousseau, sede del goce del Otro como mirada malvada, no puede reconocer su propio goce en ello. Conforme más lo mira, más se muestra: confesión tras confesión, buscando la razón de la intriga.

Sin duda, el movimiento de las miradas en Rousseau, hace eco para que él escriba. Queda al descubierto una relación entre mostrar y escribir que si bien es particularizable en sus vicisitudes, responde a una extraña especie de coherencia, albergada hace mucho en una lengua cuyo obscurecimiento por el hablar cotidiano, Heidegger despeja mostrando cómo piensa. Se trata de una antigua palabra alemana: Sagan, que quiere decir dejar ver mostrando. Die Sage, significa leyenda, y sagen, decir. Hay un decir que no es igual a hablar, puesto que lo hablado no es igual a lo dicho. Tanto por el sonido de las palabras, como por la escritura, puede haber un decir que sea un sagan, un dejar ver. Lo esencial de la lengua, es lo Dicho (die Sage) como monstración (als Zeige). La palabra habla cuando dice; cuando muestra. El hombre pertenece a lo Dicho y se apropia de lo Dicho con la palabra en el movimiento de la monstración. Es mirado por lo Dicho y entonces el decir es un responder. "Ya que no era Zeus quien me dio la palabra, (sino Otra cosa, ese "debe" que da a saber). " (65)

Rousseau responde, en tanto 'yo', a su propia Sage, a su leyenda, para volverse mito. Deja ver mostrando, bajo una mirada y escribe y escribe; esa es también su errancia. Escribe con su anillo de Giges

para ver su verdad. Escribe sobre lo que no puede escribirse y por eso escribe.

Escribe: " de nada exterior a uno mismo, de nada sino de sí mismo y de su propia existencia; mientras tal estado dura, uno se basta a sí mismo como Dios. El sentimiento de la existencia despojado de cualquier otro afecto es por sí mismo un sentimiento precioso de contento y de paz, que bastaría, él sólo, para volver esta existencia cara y dulce a quien supiera alejar de sí todas las impresiones sensuales y terrenas que sin cesar vienen a distraernos y a turbar aquí abajo la dulzura." (66)

El sentimiento de la existencia en la soledad de la escritura, va recorriendo la verdad en la palabra verdad. Verdad no puede terminar de decirse nunca. Su sentimiento precioso de contento y de paz, le es arrancado porque no es el hombre salvaje; no está solo cuando aconseja a Diderot: " guarde silencio, trabaje con cuidado esta obra y luego arrójela de repente al rostro de sus enemigos para toda respuesta." (67)

Su alma, presa de dos versiones, lo lleva a forjar a Emilio, su libro más amado, tras el envío de todos sus hijos al hospicio. Emilio es un libro, y es el hijo que no está en el hospicio.

Su escritura es su condena: mereció el premio de la Academia de Dijón y la celebridad que le otorgara, además de imponerle la cadena del rigor, fue para él la fuente de infortunio, que en boca de Fe-

lix Krull, podría querer decir que las palabras son matamoscas que no atinan. Sin embargo, la ensoñación le pintó al mundo con un vigor que eternizó sus palabras.

II.- Emilio

" Yo no sé enseñar a vivir a quien solo piensa en resguardarse de la muerte."(67)

Emilio aprende a nadar en un canal para que si fuera necesario, atravesase el Helesponto (68) habiendo perdido el miedo. Con las manos, Emilio llevará " sus ojos al cabo de sus dedos (antes) que tenerlos en la tienda de un cerero."(69)

Son más certeros los juicios del tacto por su limitación; a través de ellos hará Emilio suya la noche sin temor. El olfato despierta la imaginación y promete más de lo que cumple. Cuidese a Emilio de excesivos hechizos, pero " si la imaginación no añade su embeleso a lo que hace impresión en nosotros, el estéril gusto que se goza, ciñéndose al órgano, deja siempre frío el corazón." (70)

Si fuera posible, Emilio sería águila para poder volar y salamandra para to-
lerar el fuego. (71)

No es Rousseau quien forja a Emilio, sino la obser-

vancia de lo natural en él.

A través del cuerpo, penetran enseñanzas: se imprime el horror a la vanidad, la valentía, la sencillez, la justicia, la constancia y la entereza, palabras vacías para el entendimiento si sólo se nombran y no se sienten. Emilio no aprende la ciencia, sino la inventa. Rousseau no le enseña; construye los escenarios para que lo haga por sí propio, de tal modo que no recurra a la razón ajena.

En el Emilio, existe un mundo moral en el que las convenciones y obligaciones no se convierten en mentira y engaño.

Si la proveniencia de las leyes es natural, se afianza la libertad y se desvanecen las dudas que incitan las leyes en contradas de los hombres. La única ley moral para la infancia, es no hacer nunca mal a nadie. Para cumplir con este precepto, a su niño Emilio le serán necesarias lo más tarde posible las nociones de moralidad entre los hombres; debe reconocerse sujeto a los vínculos de la necesidad, pues estos lo libran de los de la opinión y de la necesidad de mentir para seducir.

La más preciosa edad de la vida, es a los doce o trece años: Emilio puede más de lo que desea; es fortísimo. No necesita ocupar su fuerza para contener sus pasiones. Pero la infancia no dura por siempre. Si

guiendo a la primera ley de la Naturaleza, el cuidado de la propia conservación, Emilio se aproxima a las ideas acerca de las relaciones sociales." No es Emilio un salvaje que ha de ser relegado en un páramo, que es un salvaje destinado a morar en las ciudades."(72)

¿Cómo va a vivir Emilio en la ciudad? Tendrá un oficio que lo libre de las bajezas del servilismo, del estorbo del honor para poder vivir y de ser un embustero. No será ni amo, ni esclavo, sino un ebanista únicamente sujeto a sus brazos.

Habiendo Emilio crecido solo, no se ha acercado a los peligros de la comparación entre los hombres. Es la distinción entre el amor de sí y el amor propio, la que lo guiará en sus pasiones. " El amor de sí mismo que sólo a nosotros se refiere, está contento cuando se hallan satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio que se compara, nunca está contento. No puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto a los demás, también exige que nos prefieran los demás a ellos, cosa que no es posible. De este modo nacen del amor de sí las pasiones cariñosas y blandas, y del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que hace al hombre esencialmente bueno, es tener pocas necesidades y compararse poco con los demás; y esencialmente malo

el tener muchas necesidades y adherirse mucho a la opinión." (73)

Rousseau pudo comprobar su incapacidad, cuando el señor Deybens le propusiera el cargo de maestro de los hijos del señor de Mably: " si mis alumnos no me entendían, me exasperaba, y cuando se mostraban indóviles, les habría matado; esto no era seguramente el mejor medio de hacerles sabios y prudentes." (74) El mismo declara el marco de ficción en que Emilio nace, poniendo manos a la pluma y no a la obra. (75) Si el Emilio es un bello encomio a la educación imposible, ¿ por qué tiene lugar en todas las librerías?

Emilio lleva dos siglos siendo fuente de inspiración. Se volvió un mito en los términos de Heidegger: una palabra diciente. Pero, ¿ qué fuerza tiene quien predica un arte imposible? Es insólito que justamente este libro, se convirtiera en lectura insoslayable para los ocupados en la enseñanza.

¿ Qué busca el lector del Emilio? A primera vista, es un libro de preceptos educativos. ¿ Alguien se pregunta acerca del momento más propicio y los contenidos más adecuados para enseñar la historia? Busque por qué Tucídides es favorable para mostrar a Emilio cómo es el corazón humano, sin que el suyo se corrompa en esta empresa. Quien tuviese duda respecto a la conveniencia de que su discípulo fuese políglota, encuentra en el Emilio la respuesta : " se forman las cabezas por las lenguas, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas." (76) Podría haber lectores que sustentaran sus opiniones acerca de las fábulas como medio

de enseñanza prestando oído al comentario de Rousseau:
" ¿ Conque hablan los zorros ? ¿ Y su habla la entienden los cuervos ?" (77)

Que cada máxima, ejemplo o comentario de Rousseau propicie infinita producción de preceptos, siendo el principio central del libro la educación negativa, " dirigir sin preceptos y hacerlo todo sin hacer nada", (78) hace pensar que entre libro y lector se entabla un diálogo como entre zorros y cuervos. ¿ Rousseau no puede ser escuchado? A él le sucede lo mismo: transgrede el precepto de no apegarse a preceptos.

El conflicto que abatió a su alma, se eternizó al rededor de su obra. El mito del niño salvaje es musa de oposiciones y alabanzas. Es demasiado inquietante y dudoso que en un libro se lea prácticamente lo que sea. Es cierto que el Emilio se ha convertido en un tablero en el que puede jugarse todo juego que requiera de un tablero. ¿ Será posible detenerse para no inventar más jugadas y preguntar qué es un tablero?

Entre libro y lector se origina un diálogo, y como es común en los diálogos, no es evidente que hay algo más que dos: aquello que suscita ese diálogo y no otro. Aparecen, entonces más bien, monólogos enlazados. El lector se acerca al libro leyendo aquello que busca y como sucede en los monólogos enlazados, se detiene en aquello de que gusta. ¿ De qué gusta?

Como entre dialogantes, entre libro y lector se dan relaciones de fascinación propiciatorias de unidad ilusoria. La fascinación enceguece la búsqueda de lo que ordena al diálogo y por tanto, fundidas

las ideas, ¿ de qué habla el autor? En otros términos: ¿ puede pensarse desde un lugar donde la lectura se dirige a desentrañar la Sage de la que el libro es respuesta?

Heidegger está hablando acerca del 'último hombre' en Nietzsche. Es aquél que está más alejado de la posibilidad de sustraerse para así tenerse en-frente (sich vorstellen). Esto encierra una modalidad determinada de la representación (Vorstellung). ¿Cuál es esa modalidad? El último hombre parpadea (blinzelt). De blinzeln resulta una línea: blinken (relucir) - glänzen (brillar) - scheinen (brillar y aparentar). El último hombre se apalabra con su parecer (Anschein) como siendo valedero, legítimo. El parpadeo es consecuencia de la representación que, antes de él, ya gobierna. (79)

Entre el propio parecer o la fascinación del brillo, es difícil sustraerse para desapalabrarse de una confirmación que se busca. Quizá ella sólo aparentemente se encuentre, y en ese encuentro, se puede acortar la vista.

El punto de reunión de la fascinación y la dificultad sin solución de Rousseau, es aquél que hace a la educación imposible: Rousseau como preceptor, nombrándose Ministro de la Naturaleza, es a un mismo tiempo el que hace la ley, es decir inmortal, y portador de una ley a la que también él está sujeto; es decir, mortal. Este conflicto recorre toda la obra. Si es amo de Emilio, lo sujeta a su juicio, se desvanecen sus máximas y se convierte en aquello que dice del amo: " para conducirlos a tu albedrío es menester que te conduzcas por el suyo; si mudan ellos de modo de pensar, fuer

za será que mudes tú de modo de obrar." (80) Si le exige a Emilio que diga la verdad, bien podrá mentir por el temor de decepcionar a su ayo, y Rousseau resultaría engañado por su propio discípulo. No pocas veces recomienda al joven preceptor que se cuide de volverse esclavo del discípulo: " crea él que siempre es el amo, y sedlo vos de verdad. No hay sujeción tan completa como la que presentan las apariencias de la libertad, porque así está cautiva la voluntad misma." (81)

La libertad simulada, no sólo atrapa a la voluntad de Emilio: sólo aquél que no se baste a sí mismo como Dios, " por establecer a su modo el orden,... con su temeraria soberbia (volviéndose) intérprete de la divinidad,"(82) estará libre de las opiniones por no imponer las propias. Sujeto Emilio a sus juicios, lo deja a merced de su discípulo como amo.

La cuarta máxima quiere salvar el escollo y es la que encierra la proposición imposible: " hay que estudiar con atención su lengua y signos pues como en esta edad no saben disimular, distinguiremos en sus deseos lo que se debe inmediatamente a la Naturaleza, y lo que procede de la opinión." (83) En el afán por distinguir los deseos que provienen inmediatamente de la Naturaleza, está la pregunta de Rousseau por el origen. ¿Cuál es el primer deseo, el deseo puro? La imposible tarea: formar a un sujeto cuyo deseo sea puro, no inducido, no tocado por ningún hombre.

Sólo encontrándolo, podrá Rousseau eximirse de educar a Emilio bajo los deseos que rigen su propia opinión. De otro modo, su relación con Emilio le devela

una verdad que rechaza: él no es el saber; sólo incide en un saber que lo antecede como un preceptor que tiene algo que decir y que en sus términos, no portando la Verdad, la suya como otra más, se torna en opinión. Sólo encontrando la pureza del deseo, podrá Rousseau eximirse de ocupar él un lugar como deseante que le evoque su falta y su destino mortal.

El monopolio sobre el saber de la educación, queda enroscado en su libro de preceptos donde El Precepto es no seguir preceptos, quedando como único precepto su libro. Rousseau ocuparía entonces un lugar originando el discurso y realizando su deseo de hacer ley. El deseo imposible de ser el origen, hace hablar a Rousseau en forma notable: todos sus deseos y su amor para Emilio, cobran una modalidad expresiva, la única que permite a Rousseau decir su deseo sin decirlo: la máxima. ¿ De dónde proceden los mandamientos ? Ley y deseo son caras de una misma moneda. La máxima se vuelve dique.

A través de la cuarta máxima, Rousseau remite a Dios (La Naturaleza) la causa de su deseo. Su demanda, entonces, no responde al deseo de Emilio, ni la demanda de Emilio al deseo de Rousseau; ambas se saben sometidas al deseo de Dios, y tejen el velo que cubre la verdad entre el amante y el amado: entre el sujeto del deseo que siente su falta y no sabe en qué consiste y el que tiene oculta la causa de su encanto.

Quizá no todos los preceptores anden en busca del deseo puro, sin embargo, toda enseñanza participa del orden de lo ideal, no sólo como utopía, sino refiriendo

do al lugar del preceptor.

Más allá de la circunstancialidad de las palabras, o del motivo de la enseñanza, éstas se ordenan en una estructura de discurso que determina los lugares de los participantes del juego. El preceptor funda la normativización como ideal del yo y se presta como imagen de identificación narcisística - de unidad ilusoria - como yo ideal. En correspondencia, el discípulo reconoce en el maestro al ideal, y en su fascinación queda capturado. El maestro, amo del saber, no ama la verdad y ésta queda encubierta del mismo modo que si, como Rousseau, buscara al deseo puro. Las redes de la fascinación, dan lugar al amor propio en el lenguaje de Rousseau, que efectivamente habla de una sujeción que eclipsa la eclosión del deseo.

¿ Si el enseñante abandonara su lugar de ideal? Aquí es donde descansa el sostén del rostro de la imposibilidad. El lugar del que enseña, para que la enseñanza se produzca, tiene que ser preservado. Por eso Rousseau no se libra del libro de preceptos. No es entonces lo imposible la enseñanza, sino paradójicamente, el lugar del enseñante.

Ser y hacer se vuelven sinónimos sin serlo. El que hace algo, se define como siendo aquello que hace: Rousseau hace preceptos, por tanto es preceptor. En el abismo que se ensancha entre esos dos verbos, cae la posibilidad de ser el saber: la encarnación de una garantía sin la cual no habría universidades.

¿Qué es un tablero? Juan Jacobo Rousseau es un tablero; es una celebridad, un emblema, una garantía so

bre la cual se puede jugar, porque es su nombre quien se hace cargo, quien soporta. Aquél que base sus propios preceptos en Juan Jacobo Rousseau, será un preceptor que promete garantía.

Es grave el problema de la garantía. Bien puede un vino responder a su etiqueta como el mejor y resultar vinagre.

La lectura de preceptos eligiendo algunos entre todos, descubre la función de tablero del libro: fuente de todas las inspiraciones imaginables, poco a poco se va vaciando su contenido. La máxima como tal, como vasija, queda. Rousseau como emblema, no como el que recogía muestras para su herbolario al mismo tiempo y en el mismo sitio donde se encontrara cautivo el Marqués de Sade, es lo que queda.

Si en lugar de discurrir acerca del equívoco o el acierto de los dones que las doce hadas le otorgaron a la princesa, el pensamiento inquiriera sobre el lugar y el efecto del don, estallaríá quizá la pregunta por el deseo del enseñante. Claro, que para menguar la caída, queda el recurso de decir con Rousseau, traduciendo médico por enseñante y medicina por enseñanza: " Me dirán, como siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma, la medicina es infalible. Enhorabuena; venga pues la medicina sin el médico, porque mientras vengan juntos, cien veces más riesgo hay que temer de los errores del artista, que socorro que esperar del arte." (84)

CONCLUSION

Se vuelve difícil concluir al ver los libros en su lugar otorgado en el librero. La historia comenzó con su llamado y termina sin que su llamado cese. Lo que se diga sobre ellos, será siempre insuficiente. Desentrañarla la verdad de la intriga: la trampa del desafío. La verdad no se detiene porque no se captura. Los libros siguen ahí y sobre ellos no se ejercen prácticas de protección enterrándoles estacas. Aunque pensándolo mejor, en algunos lugares parecen ser tenidos por vampiros. William Wordsworth, nos anuncia: " Up! Up! my Friend, and quit your books; Or surley you'll grow double ... " (85)

Se presencian, en las enseñanzas pedagógicas universitarias, prácticas de protección contra los dobles, cuando al Emilio, no sólo aislándolo de la obra de Rousseau, se lo descuartiza sin remordimiento. ¿Por qué si se lo reconoce como fuente privilegiada, sólo se lo reconoce sin conocerlo? Seguramente, se debe a una ligereza ocasionada por la carrera de los estudios contra el tiempo. Ahora que esto no sólo ocurre con Rousseau. Algunos otros, como podría ser Freud, han sufrido la misma suerte. Algo revela el lugar del libro en la enseñanza. ¿Quién temerá ser enterrado vivo? En la casa del saber, viven los amos del saber. ¿La Verdad es su saber o su saber es la Verdad? Se vuelve inoportuna la existencia de dos palabras que se vuelven una. El libro amenaza a su exégeta.

Hay mucho qué leer; hay tanto que leer, que hay que ahorrarse la lectura: un resumen de una obra

completa. Reconocido como libro pedagógico, hay que saber que el Emilio fue escrito alguna vez. Leer para saber que fue escrito sin leerlo, descubre un es camoteo que Rousseau llamaría " la erudición prestada".

Es distinto preguntar qué atraparon los inspirados en el Emilio para fundamentar sus asuntos educativos, a preguntar por qué lo tomaron.

Dejar a Rousseau fuera del Emilio, lo convierte en un manual de máximas y a su lector en aquél que no desentraña el guión de la puesta en escena del teatro educativo. Desde este sitio, la vista es corta. No se trata de inquirir por el verdadero color del camaleón, si no por su condición mimética. Centrada la preocupación educativa en los colores, pone de manifiesto, no sólo en la relación de los contendientes con el libro, aquello de lo que se exime el personaje de la fantasía. Encubierta la distancia entre el objeto del deseo y la falta, el contendiente amo encuentra un acomodo a su carácter insustituible. De este simulacro necesario participa el extremo que va pidiendo garantía. Se confunde al sujeto del inconsciente, el que habla, con el sujeto del conocimiento. El libro se vuelve objeto del conocimiento y no se lo oye hablar. Está vivo; ¿ será muy inquietante escucharlo?

Es menester escuchar al glosador de florilegios, pero no a costa del libro convertido en cadáver.

CITAS

- (1) Durant, Will and Ariel: Rousseau and Revolution, 382.
- (2) Maupassant, Guy de: Selected Short Stories, 343.
- (3) Masters, Anthony: Historia Natural de los Vampiros, 88.
- (4) Rousseau, Jean Jacques: Escritos Religiosos, Introducción.
- (5) Dante Alighieri : La Divina Comedia, 24.
- (6) Rousseau, Jean Jacques: Emilio o de la Educación, 118.
- (7) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T. II, 380.
- (8) Rousseau, Jean Jacques: Julia o la Nueva Eloísa, XXXIII.
- (9) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones del Paseante Solitario, 81.
- (10) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 69.
- (11) Rousseau, Jean Jacques: Escritos Religiosos, 191.
- (12) Ibid, 154.
- (13) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 366-367.
- (14) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 59.
- (15) Rousseau, Jean Jacques: Escritos Religiosos, 105.
- (16) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 57.
- (17) Ibid, 164.
- (18) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 354.
- (19) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 235.
- (20) Ibid, 246.
- (21) Ibid, 130.
- (22) Rousseau, Jean Jacques: Discurso sobre el Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres, 37.
- (23) Idem.
- (24) Ibid, 49.
- (25) Ibid, 102.
- (26) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T. II, 74.
- (27) Rousseau, Jean Jacques: Discurso..., 15.
- (28) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 67.
- (29) Ibid, 70.

- (30) Ibid, 69.
- (31) Ibid, 67.
- (32) Rousseau, Jean Jacques: Discurso..., 68.
- (33) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 384.
- (34) Ibid, 484.
- (35) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 57.
- (36) Ibid, 152.
- (37) Ibid, 166.
- (38) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 27.
- (39) Ibid, 183.
- (40) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 153.
- (41) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 24.
- (42) Freud, Sigmund: Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie, 94.
- (43) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 125.
- (44) Ibid, 129.
- (45) Ibid, 123.
- (46) Freud, Sigmund: Eine Teufelsneurose im Siebzehnten Jahrhundert, 318.
- (47) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 198.
- (48) Rousseau, Jean Jacques: Discurso..., 64.
- (49) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 164.
- (50) Ibid, 166.
- (51) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 427.
- (52) Rousseau, Jean Jacques: Mi Retrato en Las Ensoñaciones..., 168.
- (53) Rousseau, Jean Jacques: El Origen de las Lenguas, 41.
- (54) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 397.
- (55) Miller, J.A.: : Cinco Conferencias Caraqueñas, 17.
- (56) Lacan, Jacques: Los Cuatro Principios Fundamentales del Ps., 112.
- (57) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 231.
- (58) Ibid, 80.
- (59) Rousseau, Jean Jacques: Rousseau richtet über Jean Jacques, 628.

- (60) Ibid, 411.
- (61) Idem.
- (62) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 105.
- (63) Ibid, 106.
- (64) Freud, Sigmund: Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie, 56.
- (65) Heidegger, Martin: Unterwegs zur Sprache.
- (66) Rousseau, Jean Jacques: Las Ensoñaciones..., 92.
- (67) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.II, 181.
- (67a) Rousseau, Jean Jacques: Emilio..., 15:
- (68) Ibid, 84.
- (69) Ibid, 85.
- (70) Ibid, 107.
- (71) Ibid, 84.
- (72) Ibid, 148.
- (73) Ibid, 153.
- (74) Rousseau, Jean Jacques: Las Confesiones, T.I, 413/414.
- (75) Rousseau, Jean Jacques: Emilio..., 13.
- (76) Ibid, 64.
- (77) Ibid, 68.
- (78) Ibid, 73.
- (79) Heidegger, Martin: Was heisst Denken? , 30 a 33.
- (80) Rousseau, Jean Jacques: Emilio..., 41.
- (81) Ibid, 73.
- (82) Ibid, 300.
- (83) Ibid, 76.
- (84) Ibid, 16.
- (85) Wordsworth, William: The Tables Turned, 128.

BIBLIOGRAFIA

Dante Alighieri. La Divina Comedia, 2a. ed. Ateneo, México, 1977. 390p.

Durant, Will and Ariel. Rousseau and Revolution. Simon and Schuster, New York, 1967. 1091p.

Freud, Sigmund. Gesammelte Werke, dritte Auflage. S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1968 :

- Eine Teufelsneurose im Siebzehnten Jahrhundert, Band XIII, 315.
- Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie, Band V, 27.
- Zwangshandlungen und Religionsübungen, Band VII, 127.
- Der Dichter und das Phantasieren, Band VII, 211.
- Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose, Band VII, 379.
- Die psychogene Sehstörung in psychoanalytischer Auffassung, Band VIII, 93.
- Triebe und Triebchicksale. Band X, 209.

Heidegger, Martin. Unterwegs zur Sprache. Günther Neske Verlag, Pfullingen, R.F.A., 1959.

Heidegger, Martin. Was heisst Denken?

Lacan, Jacques. Los Cuatro Principios Fundamentales del Psicoanálisis. (Seminario XI), tr. Francisco Monge. España, Barral, 1977. 287p.

Lacan, Jacques. Las Formaciones del Inconsciente. Nueva Visión, Argentina, 1977. 173p.

Lacan, Jacques. Escritos I , tr. Tomás Segovia, 5. ed. Siglo Veintiuno, México, 1977:

- El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica.
- La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud.
- Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis.

- Lacan, Jacques. Sur l transfert. Seminario inédito.
- Masters, Anthony. Historia Natural de los Vampiros, tr. Ignacio Roger. Bruguera, Barcelona, 1974.
- Maupassant, Guy de. Selected Short Stories, tr. Roger Colet. Penguin "Classics", Great Britain, 1972. 367p.
- Miller, J. A. Cinco Conferencias Caraqueñas
- Rousseau, Jean Jacques. Las Ciencias y las Artes en Relación con las Costumbres, tr. Edmundo Gonzalez-Blanco. Tipografía de José Yagües, Madrid, 1915. 185p.
- Rousseau, Jean Jacques. Discurso sobre el Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres, tr. Melitón Bustamante Ortíz. Península, Barcelona, 1976. 156p.
- Rousseau, Jean Jacques. Julia o la Nueva Eloísa. Casa Editorial Garnier Hermanos, París. 2 vol. 1029p.
- Rousseau, Jean Jacques. Escritos Religiosos, tr. Antonio Pintor-Ramos. Ediciones Paulinas, España, 1979. 351p.
- Rousseau, Jean Jacques. Emilio o de la Educación, 8a. ed., Porrúa, México, 1982. 385p.
- Rousseau Jean Jacques. El Contrato Social o Principios de Derecho P olítico, 3a. ed. Porrúa, México, 1974. 173p.
- Rousseau, Jean Jacques. El Origen de las Lenguas. Calden, Argentina, 1970. 139p.
- Rousseau, Jean Jacques. Schriften. Ullstein, Materialien im Verlag Ullstein, Frankfurt, 1981. 2 Bänder, 807s./ 654 s.
- Rousseau, Jean Jacques. Las Confesiones, tr. Pedro Vances. Talleres "Calpe", Madrid, 1925. 2 vol. 534p./ 484p.
- Rousseau, Jean Jacques. The Confessions, tr. J.M. Cohen. Penguin Books, Great Britain, 1979.
- Rousseau, Jean Jacques. The Government of Poland, Tr. Willmoore

Kendall, 2nd. printing. The Bobbs-Merrill Company, Inc.
U.S.A., 1979. 116p.

Rousseau, Jean Jacques. Las Ensoñaciones del Peseante Solitario,
tr. Mauro Armijo. Alianza, Madrid, 1979. 231p.

Safouan, Moustapha. Escritos sobre el Edipo. Siglo XXI,
México, 1979.

Wordsworth, William, en Frank Kermode, et. al. The Oxford
Anthology of English Literature. Oxford University
Press, 3rd printing, London, 1979. Vol. II, 2228p.